

—¿Cómo faldas? preguntaron. ¿Qué acaso don Ramon habrá andado en malos pasos con alguna paisana del payador?

—Me parece que ñó, pero tal vez Santos Vega habrá hecho á don Ramon alguna mala pasada.

Los amigos juzgaron prudente no preguntar más, pero los paisanos soltaron no más la lengua haciendo los más crueles comentarios. Parecian complacerse del triunfo del payador soberbio estanciero.

Cuando éstos se retiraron, empezaron los dos amigos á hacer por su parte comentarios más sangrientos todavía.

El estanciero, despues de haber sido un proveedor en todo sentido, pasaba á ser el bufon y el ludibrio de sus amigos, que agotaron el repertorió de las sátiras

Los heridos, aunque bastante mortificados por los golpes de rebenque, encontraban las suficientes fuerzas para mezclarse á la sátir general.

Don Ramon volvió, como hemos dicho, al lado de su esposa, que estaba entregada á los más terribles tormentos del espíritu.

—Déjame morir, le dijo ella así que lo sintió á su lado! La vida que me espera es tan terrible, que prefiero mil veces la muerte á sobrellevarla.

Era tal el acento de Dolores, que don Ramon, hombre de carácter sumamente débil en todo lo que se referia á su mujer, se sintió conmovido. Su corazón olvidó un momento la tormenta que lo habia envuelto, y se entregó al dolor que la roin.

Has muerto mi corazón y mi porvenir, le dijo con voz sentida y reposada, sin que hayas tenido para ello el menor motivo. Para sumirme en el opropio y la vergüenza, bas ido á busbar un gaucha miserable, como si la acción solo no fuera suficiente para reducirme el estado más miserable.

Dolores gimió y escendió entre las almohadas su hermosimo semblate, embellecido por la expresión de dolor que lo cruzaba.

—¿Qué disculpa puede tener tu proceder? añadió don Ramon cuya voz temblaba dulcemente, como si en vez de un reproche hiciera ona súplica.

—Yo no sé, contestó Dolores con la voz velada por los sollozos. Dios lo habrá querido así. Mátame si quieres, pero demasiado sabes, que al unirnos, mi corazón no te pertenecia.

—No mezcles á Dios en las infamias de la tierra, prósiguió don Ramon con severó acento. Para hacer lo que tú has hecho se necesita ser muy infame y muy perversa. Yo, ¡inocente de mí! no creia ni lo uno ni lo otro. Pero dejemos las recriminaciones, que á nada conducen, ni pueden borrar los hechos.—Yo disimularé para cubrir mi vergüenza y disminuir en lo posible la infamia que me rodea. Puedes prepararte á marchar inmediatamente, pues mañana nos vamos á la ciudad. Si no me voy ahora mismo, es porque quiero antes ver si le arranco las entrañas á ese gaucha miserable.

Dolores volvió á gemir y á guardar silencio.

—¿Con que el gaucha cobarde no quiere herirme y tiene la osadia de asegurar que me tiene lástima? Yo le enseñaré que si una vez ha podido oscarpar á mi justa venganza, no ha de tener dos veces igual suerte. Yo le enseñaré otra vez á sacar la daga y buscar mi corazón si antes no encuentro el suyo.